

## EL LLAVERO DE PLATA

Cuando aprobé las oposiciones de magisterio, ya estaba deseosa de volver a los libros otra vez. Mi madre se llevaba las manos a la cabeza al verme pasar las vacaciones en el campo con mi padre o leyendo en el doblado de la casa sin otras aspiraciones más que mi afán por los estudios. Me gustaban las ciencias, la física y, sobre todo la medicina. Para mí la curación era como evadir la muerte. Casi sin pensarlo me matriculé en psicología, porque las enfermedades del alma, pensaba yo, entonces, y continuó pensando lo mismo: si no se atienden a su debido tiempo, son las que, después, se somatizan y se traducen en dolencias importantes. Al principio, mi madre opuso resistencia a que su única hija se dedicara a los estudios. Para ella el futuro de una mujer estaba en conseguir un buen marido y vivir allí, en el pueblo, con ellos, cerca de la familia y de sus costumbres. A mí me dolía muchos separarme de ellos, especialmente de mi padre que era un hombre serio, inteligente, callado e introvertido, si se quiere, pero creo, que a él le debo mi necesidad de aprender, mis inquietudes por saber. Solía decirme: “hija, el saber, no ocupa lugar”. Y en los libros encontrarás la sabiduría. Yo era tan pequeña que me recuerdo

sentada en sus rodillas escuchándole, sin entender lo que decía. Con el tiempo aquellas ideas fueron calando en mí y, a pesar de la oposición de mi madre, me dediqué a prepararme un bachillerato por libre, alternando los estudios con las labores de la casa. Y cuando llegó el día de instalarme en la ciudad, ya mi querida madre se había convencido de que, el día menos pensado, tendríamos que separarnos. Con mi título de maestra recién estrenado, contenta y feliz esperaba entre los afortunados que habíamos aprobado aquellos terribles y absurdos exámenes, para recibir la plaza de destino que nos correspondiese. Se decía, se comentaba por lo bajito entre los compañeros, que faltaban plazas, que aquello era un juego más de la administración con los nuevos docentes. Yo tuve suerte de conseguir una. “Un lugar en el sol”, podría titularse aquel sitio donde estaba ubicada la escuela. En medio del campo, soleado y desértico, a donde llegué un mediodía de septiembre y donde no se veía ni un alma. A lo lejos, podían observarse las huertas con sus casitas blancas a dos aguas, y sobre el horizonte, una gran mole blanca rodeada de olivares y de un oscuro pinar: el cortijo de La Colina, cuyo torrejón parecía tocar el cielo. Un lugar maravilloso donde conocí al hombre de mi vida y que tantas alegrías pude darle a mi madre el día que me vio vestida de novia, cuando me auguró, como una pitonisa, que aquella unión sería para toda la vida. La escuela rural estaba situada muy cerca de una ancha vereda por donde transitaban de vez en cuando grandes manadas de ovejas y cencerros, de cabras o de

vacas. Decían los lugareños que aquella vereda era una de las tantas que cruzaba la península de norte a sur para el trasiego de las reses. Además, estaba el tren, no lejos del enclave de la escuela. Era cuestión de avanzar por un estrecho camino de chumberas, y, al poco, se topaba una con los raíles de aquel antiguo tren de película del Oeste americano. Y, precisamente, allí, frente a la escuela, a un par de kilómetros, tenía una especie de apeadero o chiringuito de playa donde corría el vino, el aguardiente y el tabaco picado, “el cuarterón”. Los hombres se dejaban caer sobre el mostrador y, sudorosos, se quitaban el sombrero y pedían una copa y otra... esperando aquel evento de locomotora pesada y renqueante. Iban a vender la leche, los huevos, las verduras a los pueblos cercanos. Cuando llegó la nueva maestra a la escuela, la miraban como a una aparición. Como si hubiera salido de alguna película que ellos recordasen. Y, eso que yo he sido siempre discreta y sencilla a la hora de vestirme. Sus mujeres, pude comprobar, vestían de negro y con un pañuelo también oscuro se cubrían la cabeza. Pronto me hice de una bicicleta que me sirvió para llegar hasta el apeadero. Una vez llegado el tren al pueblo más cercano era fácil tomar un autobús de línea hasta la ciudad. Los niños de diferentes edades, niños y niñas, llegaban a la escuela acompañados por algún familiar, casi siempre por el padre que los llevaba en moto. Eran los propietarios de las huertas, o los capataces de los grandes latifundios. Era muy difícil manejar una escuela unitaria con tal diversidad de comprensión por las diferencias de

edad y por la falta de motivación del alumnado. Sin embargo, para mí fue un trabajo apasionante y compensatorio, quizás por la responsabilidad que yo asumía frente aquellos chavales condenados a la ignorancia. Me las ingenié para continuar con mis estudios de psicología, estudiando de noche y asistiendo a las clases de la universidad, cuando podía. Era cuestión de organizarse, de hablar con los profesores de las distintas asignaturas y adaptarme a sus exigencias. A la salida de la escuela, solía tomar la ancha vereda en lugar del camino estrecho de las chumberas por el que apenas podía circular con la bicicleta y con el riesgo añadido de que se pinchara una rueda como, al principio, más de una vez me sucedió. Uno de esos días a la salida de la escuela, cuando ya casi se divisaba el techo del apeadero, un coche levantando una gran nube de polvo me envolvió y me tiró, quizás con el viento que arrastraba su velocidad o fui yo, quien, asustada, me tiré sobre la linde del sembrado, mientras mi vieja bicicleta se quedaba atrás entre el polvo hecha un amasijo de goma y metal. El conductor se bajó del coche y amablemente y, al parecer, más asustado que yo, no sabía qué preguntar, cómo levantarme del suelo..., en verdad yo apenas lo recuerdo como si fuera un sueño que no se quiere recordar. Aquel hombre tuvo gestos de amabilidad y palabras de consuelo y de perdón, mientras se empecinaba en convencerme para llevarme al hospital. Esa fue la primera vez que vi al señorito de la Colina. Fui yo quien le convencí de que estaba ilesa y que no había pasado nada. Entonces, me miró cuando ya estaba yo

sentada a su lado en el coche y dijo, tal vez para romper aquel momento de tensión: “¿Qué hace una mujer como usted en un lugar como este?”. Me acompañó hasta la ciudad y en la puerta de mi casa me entregó una tarjeta con la dirección y los teléfonos donde podría localizarle. Hizo ademán de irse, pero se volvió, y, casi tartajeando dijo: podría usted denunciarme. Está en su derecho. Sonreí. No me quedaban fuerzas ni para seguirle la corriente. Me dio un beso en la mejilla y desapareció. Cerré los ojos y abrí la cancela de mi domicilio. El señor Enrique Asenjo de la Colina era notario y residía en Madrid. Eso leí en su tarjeta. Pasaron meses sin que volviéramos a encontrarnos. Recibí de su parte una nueva bicicleta cuando ya me había comprado otra y un bonito ramo de flores. La noticia de mi caída y del posible atropello por parte del señorito de la Colina corrió como la pólvora por entre los habitantes de la comarca que al traer a sus hijos a la escuela me hablaban del suceso y cada uno, según la simpatía o la animadversión que sintieran por el dueño de la Colina se expresaban a su manera: “Es una buena persona”, decían unos y, otros: tenga usted cuidado, que los ricachones..., así, con sus medias palabras dejaban en el aire cualquier suposición o maldad. O “tendría usted que haberlo denunciado”

Un día llegó una señora a la escuela diciéndome que era el ama de llaves del Sr. Enrique Asenjo. “El señor está casi siempre en Madrid en su bufete. Aquí el Capataz y yo llevamos las riendas de la finca. Él nos llama muy a menudo por teléfono interesándose por los asuntos de su propiedad”: “Esto

lo ha enviado don Enrique para usted”, dijo sacando de su bolso un pequeño paquete. En su interior sólo había una escueta nota con la dirección en la ciudad de un concesionario de coches. Mientras leía el contenido de la nota, las llaves de un coche, unidas por un llavero de plata cayeron a mis pies.